

"El Poder en la Sangre"

Hay poder en la sangre. Levítico 17, versículo 11, dice: "Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona." En el Antiguo Testamento, los israelitas sacrificaban animales conforme a la ley de Dios para recibir expiación por sus pecados. Sin embargo, sus sacrificios eran temporales y se ofrecían año tras año. Pero Jesús es superior a aquellos sacerdotes de antaño, porque se ofreció a sí mismo de una vez y para siempre y para todas las personas.

Jesús es a la vez nuestro Sumo Sacerdote y el sacrificio mismo. Entró en el lugar santísimo no con sangre de animales, sino con la suya propia (Hebreos 9:11 al 12), y esa sangre nos limpió y nos preparó para la eternidad. Su sangre quita nuestros pecados "cuanto está lejos el oriente del occidente" (Salmo 103, versículo 12). Y ya no tenemos ese recordatorio anual del pecado. Hebreos 10:14 dice: "porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados." Cuando la sangre de Jesús te limpia continuamente del pecado, puedes tener confianza en la comunión con Dios y la esperanza de la vida eterna en el cielo.

Nuestra lectura proviene de 1 Pedro, capítulo 1, versículos 17 al 21, y allí nos habla acerca de la preciosa sangre de Jesucristo.

Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.

Eso es algo maravilloso lo que Jesús ha hecho por nosotros. Darnos esperanza y un hogar con Dios en el cielo. Oremos juntos. Padre celestial, estamos agradecidos por la preciosa sangre de Jesús que nos redimió y nos dio perdón y esperanza de vida eterna. Ayúdanos a vivir de manera digna de lo que se ha hecho por nosotros y a amarte con todo nuestro corazón y alma. En el nombre de Jesús, Amén.

Hay poder en la sangre que Jesús sacrificó en la cruz. El Señor Jesús murió con muchos propósitos, y su sangre proporciona muchos beneficios. Somos amados, perdonados, salvados, bendecidos, redimidos, rescatados, justificados y santificados por su sangre. Aunque el sufrimiento físico y la muerte del Señor Jesús es desgarrador de contemplar en la mente, los valores espirituales son en verdad más preciosos que el oro o la plata.

El poder en la sangre revela de la manera más dramática cuánto nos ama Dios. El Señor Jesús dijo en Juan 12:32: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo." El sufrimiento de nuestro Señor en la cruz demostró un amor que no puede ser negado. Las personas pueden ignorar la cruz, negarse a aceptar la cruz, o etiquetar falsamente la cruz; pero no pueden negar lo que la palabra dice que ocurrió allí. 1 Juan 4:9 al 10 dice: "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados." De nuevo, la propiciación es ese sacrificio expiatorio que nos permite acercarnos

a Dios. Dios amó a las personas, incluso a las personas pecadoras, lo suficiente como para sacrificar a su Hijo para que pudiéramos vivir eternamente con Él.

Romanos 5:6 al 8 dice: "Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros." Primero, las personas paganas en Roma no conocían a Dios. Y eran impotentes, no podían salvarse a sí mismas. Segundo, eran impías. Una persona impía nunca piensa en Dios; y realmente no le importa. Tercero, estos romanos eran pecadores contra Dios, ofensivos y separados de Él. Y a pesar de ser pecadores impotentes e impíos, Dios hizo más que hablar de amor— lo demostró de la manera más impactante.

El Señor Jesús dijo en Juan 10:14 al 18: "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre." Ahora bien, Jesús como el Gran Pastor nos conoce a cada uno por nombre, vela por nosotros, provee para nuestras necesidades y nos protege. El Señor Jesús siempre está con nosotros; y no podemos tener mayor bendición.

Además de su amor, también tenemos redención a través de Jesús. Estábamos perdidos en el pecado, condenados al castigo eterno; pero Jesús nos redimió. Efesios 1:7 dice: "en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia." Sin su sangre sufriríamos eternamente. Pablo les recuerda a los cristianos gentiles en Éfeso su condición anterior en Efesios 2:12 al 13. Dijo: "recordad que en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo."

1 Pedro 1:18 al 19 nos recuerda: "sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación." Tu redención fue pagada a un gran precio; tu salvación no fue barata. Jesús no pagó nuestra salida de la condenación con oro o plata. Porque el oro y la plata no le habrían costado nada. Él creó el mundo. Podría hacer todo el oro o la plata que quisiera con una palabra. Pero nos redimió con lo más precioso que tenía, su cuerpo y su sangre.

Más allá de la redención, somos santificados o hechos santos por la sangre de Jesús. Santificar significa hacer santo. Hacer justo, alguien que le pertenece a Dios. Y Dios ve a los salvados como personas santas, santos. Hebreos 13:12 dice: "Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta." Las personas que en el pasado se avergonzaron a sí mismas por sus terribles pecados, no obstante podían ser santificadas, hechas santas, a través de Cristo. 1 Corintios 6:9 al 11 dice: "¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios."

Además de la santificación, también somos justificados. Ser justificado significa que Dios nos declara inocentes. Es como si nunca hubiéramos pecado. Pablo dijo en Romanos 3:24 al 26 que somos "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación (es decir, un sacrificio expiatorio) por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús." Cuando ponemos nuestra fe plena y a nosotros mismos en sus manos por obediencia, su sacrificio expiatorio de sangre nos justifica, para que podamos acercarnos a Dios.

Más allá de ser justificados, nacemos de nuevo con novedad de vida. Romanos 6:3 al 7 dice: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado."

Y ser bautizado en su muerte significa entrar en contacto con su sangre. En el bautismo somos crucificados con Cristo, sepultados con Cristo y resucitados con Cristo. Y esta unidad nos asegura la libertad del pecado y la novedad de vida. Romanos 5:8 al 9 nos recuerda: "mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira." Sí, el bautismo en la muerte de Cristo nos trae la justificación por su sangre, para que podamos ser salvos de la ira de Dios.

La sangre de Jesús hace que nuestra salvación sea algo duradero. 1 Juan 1, versículo 7, dice: "pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado." Ahora bien, hay un "si" aquí: "si andamos en luz." Andar en la luz es un caminar continuo. Andar en la luz de Dios significa un amor continuo por Dios y la verdad, un corazón de siervo fiel y guardar los mandamientos del Señor. Andar en la luz significa que tenemos comunión con Dios y con los hermanos. También significa que la sangre de Jesús su Hijo nos sigue limpiando de todo pecado. Esta limpieza es un proceso constante, si seguimos andando en la luz. Aunque "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él," somos humanos y necesitamos la sangre de Cristo para ser limpiados de todo pecado. Ya que no podemos vivir vidas perfectamente sin pecado, necesitamos la sangre de Jesucristo para purificarnos.

1 Juan 1:8 al 10 dice que "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros." Y esto apunta a la segunda condición: necesitamos confesar nuestros pecados. Debemos ser honestos acerca de nuestros pecados y admitirlos. Como cristianos debemos reconocer constantemente cuando pecamos y estar dispuestos a admitir nuestras transgresiones delante de Dios.

Santiago 5:15 al 16 nos recuerda: "y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho." El pecado puede tener

muchas consecuencias físicas además de las espirituales. Confesar nuestros pecados y orar a Dios para que nos perdone debe ser una parte regular de nuestra vida cristiana.

La sangre de Jesús no solo nos limpia del pecado; también purifica nuestra conciencia. Hebreos 9:12 al 14 dice que Jesús "entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" El Señor Jesús quería que purificáramos nuestra conciencia junto con nuestras almas, para que pudiéramos servirle. ¡Tener una buena conciencia que ya no tiene que avergonzarse es una gran bendición!

Pues bien, ¿cómo nos protege la sangre? En un mundo lleno de batallas espirituales, la sangre es tu escudo. Apocalipsis 12, versículo 11, declara: "Y ellos le han vencido (es decir, a Satanás que engaña al mundo) por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte." Cuando tengo la seguridad de mi salvación eterna y mi herencia en el cielo, puedo enfrentar incluso la amenaza de la muerte. Debemos tomar el yelmo de la salvación y vestir la armadura de Dios.

Amigo mío, importa si somos crucificados con Cristo y tenemos su sangre para limpiarnos de todo pecado. Importa si tenemos comunión con Dios y con los hermanos. Importa si nuestras conciencias están limpias y si tenemos corazones puros. Importa si somos redimidos, santificados y justificados por su sangre. Importa si Él nos protege del maligno por su sangre. La diferencia entre ser salvo y estar perdido no podría ser mayor. Necesitamos la sangre de Jesucristo.

Oremos juntos. Padre celestial, estamos tan agradecidos por todas las cosas que la sangre de Cristo hace en nuestras vidas. Que podemos ser redimidos y perdonados, santificados y justificados. Padre, ayúdanos a todos a apoyarnos en Ti, a confesar nuestros pecados y Padre a servirte. En el nombre de Jesús, Amén.

Jesús es el Cordero perfecto de Dios, cuya sangre fue derramada solo una vez pero para todas las personas. Es el acto supremo de amor que lo cambia todo para nosotros. Hebreos 2, versículo 9, dice: "pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos." La sangre de Cristo posee el poder de expiar los pecados cometidos por todas las personas de todos los tiempos.

Dios ama a cada hombre, a cada mujer, a cada niño y a cada niña sin importar tu pasado. Y a Dios le preocupa más lo que puedes llegar a ser. Incluso si te avergüenzas de ti mismo, la sangre de Jesús puede quitar esa culpa y vergüenza. Puedes nacer de nuevo; puedes convertirte en hijo de Dios; y puedes llevar el nombre de Cristo si estás dispuesto a venir a Él. Jesús dijo en Lucas 9:23: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame." ¿Amarás a Jesús lo suficiente como para negarte a ti mismo, tomar tu cruz cada día y seguirle? ¡Esa es una petición de por vida!

Amar al Señor Jesús significa creer en Él y en sus palabras. Creer en Jesús significa creer lo que Él enseñó. Toma en serio sus mandamientos y sus promesas. Amar a Jesús significa que lo reconoces como tu Señor. Estás dispuesto a apartarte del pecado y obedecerle en todas las cosas. Dejas de hacer tu

voluntad y comienzas a hacer la suya. Eso es arrepentimiento. Confiesas a Jesucristo como el Hijo de Dios y eres bautizado en Cristo para que tus pecados sean perdonados y lavados (Hechos 2:38 y 22:16). Y en el bautismo la gracia de Dios obra en ti y te salva.